

***Poesía completa* de Sergio Suárez Figueroa. La Paz: Editorial La Mariposa Mundial. 2015. 111 páginas.**

El jueves 26 de marzo de 2015, en la ciudad de La Paz, se presentó *Poesía completa* de Sergio Suárez Figueroa. El libro, publicado por la editorial La Mariposa Mundial, es el rescate más importante que se ha hecho, hasta el momento, de la poesía de este oculto y prolífico autor boliviano.

Hasta entonces, los libros de poesía de Suárez Figueroa –desperdigados entre amigos y amigos de los amigos– circulaban casi secretamente, relampagueando en la constelación incompleta formada por aquellos autores que compartieron su amistad y su tiempo: Jaime Saenz, Jesús Urzagasti, Fernando Medina Ferrada, entre otros. Aunque las obras de teatro de Suárez Figueroa fueron recibidas con algo más de entusiasmo, el escasísimo trato crítico que recibió su obra en general es inquietante.

Su escritura poética parece no tener antecedentes en las letras bolivianas y, aunque sí los tiene, aún no se han visto como destellos sucesivos de una tradición a seguir. Las historias de donde bebe su poesía –cargada de divinidades antiguas, ciudades perdidas y un aire de leyenda– clavan sus raíces en la experiencia íntima de un presente, desde donde la ciudad y sus seres, tenazmente extraños, exigen ser reconocidos sin perder su misterio. El carácter narrativo, ensayístico y oracular de su poesía parece haber sido también un rasgo confuso a la hora de definir el género donde inscribir la obra de Sergio Suárez Figueroa.

No es descabellado decir que la larga desatención a la poesía de Sergio Suárez Figueroa tiene que ver con la dificultad de incluirlo en un conjunto que lo comprenda y el problema de descubrir en su voz el reflejo de una tradición específica que recién ahora, en el siglo XXI, empieza a dibujarse en la literatura de Bolivia.

El primer gesto crítico de rescate de la obra poética de Suárez Figueroa se hace en el año 2002, con *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* (Wiethüchter, Paz Soldán), que columbra un lugar dentro de la historia de las letras bolivianas para una obra poética crucial que, hasta entonces, pasaba desapercibida en un par de antologías demasiado abarcadoras y panorámicas: la de Porfirio Díaz Machicao (*Prosa y verso en Bolivia*, 1966) y la primera versión de *Antología de la poesía boliviana* (1977) de Yolanda Bedregal.

La secuencia cronológica del primer tomo de *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* ubica a Suárez Figueroa en el tiempo posterior al *Arco de la modernidad*, pero no se niega a señalar, aunque tenuemente, un sitio sincrónico dentro de cierta *geografía del imaginario* literario nacional –configuración trabajada en el segundo tomo. Entonces hallamos a Suárez Figueroa en la *doble intención* del *Postludio* (rememorar y prever), cuyo subtítulo, *Proyecciones*, une ambas intenciones: mirar hacia *lo sugerido y entrevisto*.

A diferencia de los arcos históricamente finalizados (el colonial y el moderno), este lugar imaginario vislumbrado por el equipo de *Hacia una historia crítica...* supone un camino en construcción que fue abierto, según la intuición de sus autores, por *El escarpelo* (1955) de Jaime Saenz. Una intuición que espesa sus sugerencias –en este caso particular– si nos animamos a afirmar que la escritura poética de la primera publicación de Saenz comparte muchos rasgos con la de Suárez Figueroa. La elección de *El escarpelo* como pie final del *Arco de la modernidad* está ligada, en gran medida, a su irreverencia formal con respecto a la versificación del poema (como género literario) y a la construcción gramatical corriente. Lo cierto es que tal libro supone una ruptura, en cuanto sus antecedentes –dentro de la historia– son superficialmente invisibles. La mirada diacrónica del primer cuerpo de *Hacia una historia...* atiende particularmente al avance de una tradición estilística reconocida históricamente, más que a su profundidad imaginaria. Por ello, se hace necesario revisar algunas precisiones del *Postludio*, para distinguir el lugar que va tomando Sergio Suárez Figueroa.

No tan aferrados al azar pero sí por pasión crítica a estas alturas, decidimos sacar del olvidadero a Sergio Suárez Figueroa, que fuera compañero de aventuras y desventuras nada menos que de un grupo del que se sabe muy poco y que fue sin embargo un surtidor de arte importante para la cultura boliviana (...) Suárez Figueroa, “ojo de las revelaciones”, también dialoga, así lo creemos, desde un lenguaje abierto a la indigencia existencial, con Arturo Borda. (Wiethüchter; Paz Soldán, t. I: 170)

Algunos de los escritores también ubicados en el *Postludio* son Jesús Urzagasti (1941-2013), Edmundo Camargo (1936-1967) y René Bascopé (1951-1984); siem-

pre puestos en concierto con lo ya visto y lo circundante. De ahí que la cita recién expuesta además resalte la pertenencia de Suárez Figueroa a un grupo formado por Óscar Pantoja, Edgar Ávila Echazú, Jaime Saenz y Fernando Medina Ferrada, trazando además una línea que lo une con Arturo Borda, autor de *El Loco (obra indócil, como pocas, por atípica e inclasificable)*, que aún no ha sido trabajada en base a su complejidad estética inauguradora).

De tal manera, la presencia de Suárez Figueroa en nuestras letras aparece menos solitaria, y este escenario amplifica lo escrito por Rodolfo Ortiz en *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*, donde enfatiza la preocupación de Suárez Figueroa “por repensar y poetizar sobre las funciones radicales del pensamiento poético” y revelar los pasos detallados de *la formación de un poeta (Hacia una historia...: 189)*. Esta imagen del espacio donde se sitúa a Suárez Figueroa nos incumbe en cuanto hace evidente un hacer poético centrado en lo ineludible del acto creador: la urgencia de escribir no sólo para dar nombre al curso de un río recién reconocido en el cuerpo, sino para ordenar (haciéndolo palabra) el abismal murmullo que transcurre bajo el puente. “De esta manera, al igual que en Borda y en Jaime Saenz, la poesía es asumida como un aprendizaje” (Ibíd.: 189).

Si bien la biografía de Sergio Suárez Figueroa resalta más por lo que oculta que por lo que revela, su presencia como personaje en importantes obras literarias perfila ese misterio como un cuerpo de niebla amorosamente tallado.

El más conocido de estos perfiles está en *Vidas y Muertes* (1986), donde Jaime Saenz esboza la personalidad de este poeta a partir del recuerdo de los desconcertantes vaivenes que el propio Saenz transitó para dar con el cuerpo de su amigo recientemente fallecido un martes de carnaval. Allí nos enteramos de que ambos poetas se conocieron en los tiempos de la Revolución de Abril de 1952.

Por otro lado, encontramos a Suárez Figueroa en *De la ventana al parque* (1992) con el nombre de Sergio Tabárez, del cual Jesús Urzagasti, por boca del narrador, dice que “era guitarrista, nunca se supo si uruguayo o cruceño, aunque él decía que era boliviano, con lo cual todo el mundo quedaba callado, pensando en sus varias obras teatrales que nadie quería representar y en sus hermosos poemas”.

Finalmente, está la brillante novela inédita *Rastros* (escrita en la década de los setenta), de Fernando Medina Ferrada, que podríamos considerar una novela biográfica basada en la vida de Sergio Suárez Figueroa. Esta novela relata la vida de Francisco, alias El Perro, desde detalles relampagueantes de una mísera infancia, pasando por el vagabundeo rioplatense, su llegada incidental a Oruro, su permanencia en La Paz, sus amistades, sus amores y sus continuos episodios de locura poco tiempo antes del ataque cerebral que acabaría con su vida. Sin duda esta novela es la que perfila con mayor detalle y paciencia la tormentosa, intensa y diabólicamente inocente vida de Suárez Figueroa. Es aquí donde asistimos, por ejemplo, a las reuniones de aquel grupo donde convergen Jaime Saenz, Oscar Pantoja, Edgar Ávila Echazú y el mismo Medina Ferrada.

Poesía completa, de Sergio Suárez Figueroa, recopila los cuatro libros publicados por el autor en vida, además de algunos poemas sueltos publicados en periódicos y revistas. Sin embargo, después de la presentación del libro y la aparición de los hijos y nietos de Suárez Figueroa (maravillados y felices por el rescate), aún queda el trabajo de recopilar no sólo algunos poemas inéditos, sino su obra dramática, narrativa y ensayística. De tal manera, *Poesía Completa* es apenas el umbral de la brillante obra de un autor recién descubierto.

A continuación, nos referiremos brevemente a los cuatro libros de poesía publicados en vida por el poeta, aquellos que están incluidos enteramente en *Poesía completa*.

Los rostros mecánicos (1958) es el primer libro de poesía publicado por Sergio Suárez Figueroa. El ámbito que envuelve este libro es el de la fugacidad de la ciudad; el instante donde las avenidas, las tardes, los neones, las chimeneas, el desfile de rostros, las casas de zinc, el olor de las mandarinas, el gesto de tomar el habano y la necesidad de amoblar el campo revelan la pérdida irremediable de algo en la presencia bullente de una ciudad. Ese instante lúcido de reconocimiento abismal crece como un rumor a lo largo del libro, hasta adquirir la magnitud de un monstruoso naufragio que precisa ser recordado para olvidarse.

Como la grave niebla del pánico (1961) es el libro de Suárez Figueroa que más oculto estaba. Los amigos del poeta lo desconocían o lo habían olvidado, y los bibliófilos más obsesivos se asombraban de su existencia. Circulaban varias versiones sobre su verdadero título, pero no había rastros del libro. No por nada

Como la grave niebla del pánico es el libro más diáfano, volátil y amoroso del poeta; y a la vez el primero que opera ese cierre oracular con el que culmina *El tránsito infernal y el peregrino*, su último libro. Por otra parte, este segundo libro es el que mayores vínculos tiene con la veta más estudiada en la poesía de Jaime Saenz: la dialéctica mística.

Siete umbrales descenden hasta Job (1962), pese a su cercanía temporal con el libro precedente, opera un cambio formal significativo en la escritura de Suárez Figueroa. En este tercer poema extenso advertimos el tono oracular, los fraseos largos, la reflexión expuesta en su carácter narrativo, el ritmo de un torbellino que exige sus propias pausas para encausar su movimiento. Es aquí donde resalta y se hace reconocible el *estilo* de Suárez Figueroa, su *historia biológica*. Por lo mismo, *Siete umbrales descenden hasta Job* tiene la luminosidad necesaria para unificar los dos anteriores libros (aparentemente distintos en su concepción estética) e identificar estancias o recodos de una sola obra en curso. El naufragio tormentoso que se revela en todo y es imposible de olvidar (*Los rostros mecánicos*) y el suspiro de vuelo resignado frente a un destino inapelable de separación (*Como la grave niebla del pánico*) conjugan sus gestos en la decisión de un *viaje al interior*.

El tránsito infernal y el peregrino (1967) abre con tres poemas sueltos que recuerdan la cadencia ya del primero, ya del segundo libro. Sin embargo, sus dos poemas extensos centrales (*Orfeo y Eurídice*) continúan el ritmo de sensación imparable que rige enteramente *Siete umbrales descenden hasta Job*. Si el anterior libro abrazaba a los dos primeros, éste otorga simetría a la obra en su conjunto. La figura del *yo* (que escribo) y el *tú* (mi alma) que refulge por su palidez en los poemas de *Como la grave niebla del pánico*, se extiende, se encarna y se desglosa aquí por el diálogo explícito y subterráneo con el mito de Orfeo y Eurídice. El abismo desenmascarado en *Los rostros mecánicos* y el descenso decisivo de *Siete umbrales...* tienen en común la soledad de una experiencia. Mientras que el herumbroso idilio de *Como la grave niebla del pánico* y la ascunción fatal de *El tránsito infernal...* se emparejan por la experiencia amorosa que los teje. No por nada *Como la grave niebla del pánico* y *El tránsito infernal y el peregrino* tienen un final casi idéntico, haciéndonos ver que la *segunda vida* de uno es el *eterno retorno* del otro.

Si bien son varios los poemas de Suárez Figueroa que han circulado por su cuenta en diversas publicaciones y están incluidos en *Poesía completa*, quiero de-

tenerme, a modo de cierre, en “Antes de alquilar una casa”, un poema publicado en la revista *Nova* en marzo de 1963, un año después de la publicación de *Siete umbrales descendien hasta Job*.

“Antes de alquilar una casa” tienta a ser leída como una *ars poetica*. Como la mayoría de su poesía, este poema interpela al lector, lo incluye y lo dirige en un espacio cotidiano que revela de pronto la infinidad de signos con los que ha sido tejido. Si en principio decíamos que la persistente necesidad de habitar un espacio abismal era una línea que atraviesa la obra del poeta, es en este poema donde se hace más claro el carácter pavoroso, remoto y maravillado del conocimiento poético. En “Antes de alquilar una casa” vemos al hombre demorándose en los signos más insignificantes: las huellas que ha dejado un antiguo inquilino en el gozne de una puerta, las manchas de una polilla o de un ciempiés, la ortografía de las patas de las moscas, el aroma que ha dejado en las paredes el hocico de un perro, etc. El poeta mora su obra en estas minucias porque sólo en ellas se puntúa la red del conocimiento que le deja habitar *el mundo que le permite habitar en este mundo*.

Alan Castro Riveros